

## Reseñas

### MYTHOLOGY, SPIRITUALITY AND HISTORY

The Arakmbut of Amazonian Peru (Andrew Gray)

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DÍAZ

Llega a nuestras manos el primer volumen de la trilogía que sobre los Arakmbut del Perú amazónico y tras un exhaustivo trabajo de campo ha escrito el profesor Andrew Gray de la Universidad de Oxford.

Los Arakmbut, uno de los siete grupos que constituyen la familia lingüística Harakmbut (unas 2.000 personas, aproximadamente), y que también son y han sido conocidos como Mashcos o Amarakeri, viven en la cuenca del río Madre de Dios, en la región sudeste de la selva peruana y se sitúan en un contexto histórico caracterizado especialmente desde el siglo XIX (aunque existen indicios de contactos con los Incas y los primeros españoles ya en el siglo XVI) por distintas y, en su conjunto, claramente abusivas incursiones del hombre blanco en su territorio. El trabajo del autor se centra, más concretamente, en la comunidad denominada San José del Karene compuesta por unas 150 personas con las que convivió durante dos años y medio de modo prácticamente ininterrumpido.

Llama la atención, para empezar, la manera en que se ha estructurado la obra, cuyo cuerpo principal se divide —por consejo, según Gray, de algunos relevantes ancianos del pueblo— en tres partes que corresponden a tres de los mitos principales de los Arakmbut: ‘Wanamey’, ‘Marinke’ y ‘Aiwe y los Papa’.

Este primer comentario apunta por su parte a dos de los temas fundamentales del libro: por un lado, la tesis principal de Gray de que dichos mitos reflejan y modelan de distintas maneras la vida social de los Arakmbut. Y, por otro, un planteamiento ético de respeto y solidaridad para con ese pueblo que no se halla exento de algunas contradicciones e incluso de implicaciones epistemológicas, como veremos más adelante.

Respecto al primero de esos temas creemos apreciar la posibilidad de cuestionar —a pesar del respeto que siempre nos debe merecer la intuición hermenéutica, si no otra cosa, de quien realmente ha estado ahí haciendo trabajo de campo— la ‘infalibilidad’ de la interpretación de los mitos Arakmbut que hace el autor (habría otras muchas interpretaciones posibles y Gray plantea las suyas, en el fondo, de manera bastante inapelable). Respecto al segundo, percibimos un segundo problema: la aparente desconexión entre la declaración de principios morales y metodológicos caracterizados por la cautela y el respeto en la aproximación a un tema y a unas gentes que se hacen al comienzo y en otras partes del libro (pp. xviii-xxiii, 20, 192 *et al.*) y el tono muchas veces excesivamente rotundo que se utiliza en la práctica, en lo que acaba siendo una salsa ético-epistemológica que de alguna manera ‘no liga’ demasiado.

La obra, por tanto, se nos presenta en una barroca configuración de claroscuros. Nos plantea algunas dudas interesantes (por lo representativas de un cierto modo de hacer antropología: no son ‘problemas’ privativos de Gray) sobre lo adecuado de determinados tipos de afirmaciones y procedimientos y, por otra parte, exhibe rasgos de rigor y brillantez que despiertan nuestra admiración más entusiasta.

Entre las primeras, y como profundización de la crítica antes avanzada, formularíamos las siguientes:

Muchos antropólogos parecen estar viviendo un cierto momento de transición paradigmática o, en todo caso, una situación ambigua o doblemente ambigua. Cuando la comunidad que ha acogido al antropólogo se ve acosada y es la parte débil en un conflicto de fuerzas desigual, ¿para quién tiene éste que escribir? ¿Para ‘ellos’ —que en muchos casos pueden leerle— o para ‘nosotros’? (¿Se corre el riesgo de no hacerlo enteramente para ninguno de los dos?). Y, en segundo lugar: ¿cómo tiene que escribir? Aunque a menudo declaramos con hermenéutica humildad, como hace Gray, que nuestro trabajo es ‘una simple interpretación’ y otras generalmente sinceras matizaciones de ese tenor (pp. xviii-xxiii), más adelante y una vez ‘metidos en harina’ parece acechar e imponerse el fantasma —probablemente— de la hegemónica, estratégica y todavía bastante empírico-positivista respetabili-

dad académica y nos esforzamos por convencer de la ‘veracidad’ de nuestras afirmaciones utilizando el lenguaje de este segundo paradigma (v.g., «La discusión del tema de la afinidad ‘*demuestra*’ que...», p. 95) o imprimiendo un tono categórico (v.g., «Esta ‘*es*’ la relación entre el cuerpo y el alma», p. 145. O, aunque haya a quien pueda parecerle algo casi subversivo, el mero hecho de generalizar y hablar de «‘*Los*’ Arakmbut») que no parece demasiado respetuoso en la práctica por la complejidad y sutileza que con frecuencia presenta la realidad etnográfica (cf. A. T. Campbell, 1989: 9).

(Las reservas respecto a esos momentos, deseos o vertientes empírico-positivistas se ven forzadas cuando descubrimos que la solidez de algunas de las principales ‘pruebas’ aportadas se presta a discusión: v.g., el hecho de que «las ideas en este libro son en gran medida las del chamán de San José» aunque sus opiniones sean «ampliamente aceptadas por la mayor parte de la comunidad», p. 189.)

Por otra parte, y pesar de las críticas vertidas hasta ahora, consideramos la mayor parte de esta obra, el rigor del trabajo de campo y documental en que se basa (incluida la multiplicidad de perspectivas que en algunos momentos se advierte, especialmente la de género que es debida al trabajo de campo de la antropóloga Sheila Aikman, esposa del autor) y el proyecto global en el que se inscribe como una empresa de gran ambición y envergadura y una importante contribución al estudio y —es de desear— al bienestar de los pueblos amazónicos.

El volumen alcanza sus mejores momentos, para nosotros, en los capítulos finales dedicados a una profunda reflexión sobre la Historia y su relación con los Mitos en el contexto de los sucesivos episodios de contacto entre los Arakmbut y los distintos tipos de forasteros que han invadido su territorio. Aspectos especialmente lúcidos nos parecen, por citar dos de ellos, el magnífico ejemplo de auténtica e interdisciplinaria fusión entre Historia y Antropología que tiene lugar en la reunión en la que los distintos recuerdos «genealógicos» de algunos Arakmbut se mezclan con la información histórica que les aporta el antropólogo para llegar a la plausible conclusión de que la figura mítica que llaman los Papas parte, con bastante probabilidad, de los caucheros que les invadieron y, en muchos casos, esclavizaron en el siglo XIX (p. 210).

Otro gran momento —revelador, quizás, de rasgos de nuestra propia experiencia de los que no siempre somos conscientes lo constituye, como segundo ejemplo, la interesante observación de la página 199: «Los Arakmbut no establecen un límite claro entre Historia y Mito; se refieren a ambos con el término ‘embachapak’: ‘contar historias’.